



## CONFERENCIAS INFANTILES.

### XI.

#### LAS MULETILLAS.

Deberes para mí sagrados, y por tanto ineludibles, me privan con frecuencia del placer de dirigiros la palabra; pero no creais por eso, queridos amigos míos, que me olvido de vosotros ni de vuestro ameno é instructivo periódico, cuya importancia y trascendencia comprendo como el primero. Para desvanecer esta suposición de olvido, más que para deciros cosas que os enseñen y deleiten mucho, vuelvo ahora á dirigirme á vosotros.

El asunto en que me voy á ocupar sería muy instructivo y ameno en boca ó pluma de otro, porque del uso que hacemos de la palabra hablada ó escrita, dependen en grandísima parte la estimacion y la influen-

cia que alcanzamos en la sociedad á que pertenecemos, y tal estimacion y tal influencia han de ser proporcionadas á la perfeccion de aquel uso. En esta perfeccion influye notablemente lo que hemos convenido en llamar *muletillas*. Casi es inútil que os explique lo que por *muletillas* entiendo; pero como este nombre sólo tiene un valor convencional, y se dice que lo que abunda no daña, no estará de más dejar consignado que por *muletilla* en la conversacion entendemos un modismo, frase ó palabra determinada que cada individuo emplea en su conversacion inconscientemente, ó creyendo que para todos tiene la fuerza de expresion que él le atribuye.

Difícil será que encontremos una persona cuyo lenguaje esté exento de *muletilla* ó *muletillas*. Haced la prueba en vosotros mismos y de seguro



encontraréis en vuestro lenguaje una frase ó palabra que os merece especial predilección, y por tanto usais con más ó menos frecuencia ó más ó menos abusivamente. Yo acabo de hacerla en mí mismo y me encuentro con que no soy de los que menos *muletillas* tengo, así cuando escribo como cuando hablo. Siento no haber empezado á hacerla desde niño, porque si la hubiera hecho ú otros la hubiesen hecho en mí y me hubieran aconsejado la corrección, quizá hubiera logrado corregirme, y hoy no tendría el apego que tengo á modismos que deben parecer á los que me oyen ó me leen, tan fastidiosos y poco expresivos cuanto amenos y expresivos me parecen á mí.

Vosotros os hallais en edad muy apta para corregir ó evitar este defecto y otros más trascendentales aún. Por eso me parece muy conveniente recordaros, en primer lugar, que el defecto de las *muletillas* es muy comun, y en segundo, que con frecuencia llega á ser insoportable.

La *muletilla* desluzca siempre el lenguaje y le hace monótono; pero á veces no se contenta con eso, porque llega á ser grosera ú obscena ó impía.

Hay muchísimas personas que no saben dirigir la palabra á otra sin el continuo machaqueo de «¿Me entiende usted?» ó «¿usted me ha entendido?» ó «¿comprende usted lo que le digo?» A lo que el interrogado pudiera contestar: «Gracias por las buenas entendederas que usted me supone.»

Otra de las *muletillas* comunísimas y no menos grosera, es la de pregun-

tar: «¿qué trae usted por aquí?» ó «¿adónde se va?» ó «¿qué hace usted por aquí?» El interrogado pudiera contestarle con otras dos preguntas: «¿Y á usted que le importa? Y aunque le importe ¿quién le autoriza á preguntármelo?»

El «¡qué atrocidad!» ó «¡qué barbaridad!» es otra de las *muletillas* que con más frecuencia y más fuera de lugar se oye, particularmente á las mujeres. El Juéves Santo último oí yo á unas señoritas que visitaban las estaciones, este diálogo:

—Ya llevamos visitadas cinco Iglesias.

—¡Qué atrocidad!

—Este año ha salido á visitar las estaciones una barbaridad de gente.

Estas y otras *muletillas* pueden pasar, porque lo grosero de las primeras y lo absurdo de las segundas tienen su disculpa en lo inconscientes ó maquinales que unas y otras son: pero hay otras de tal género, que maquinales y todo como son no pueden pasar, porque son abominables.

Los que conocen el lenguaje y las costumbres populares de las diferentes naciones de Europa, dicen que no hay pueblo más sucio y obsceno en su lenguaje que el español, pues otros pueblos hasta para blasfemar se valen de una palabra ó frase cuyo valor como blasfemia es puramente convencional. Yo no soy muy competente para decidir si los que tal dicen tienen ó no razón; pero recuerdo que, por ejemplo, los franceses para blasfemar de Dios se valen de una frase cuyo sentido gramatical no



tiene nada de blasfemo, aunque lo tenga el tono iracundo con que la pronuncian.

Compréndese, aunque no se apruebe, que en el parosismo de la ira se exhale una interjección obscena ó blasfema; pero no se comprende que á sangre fría en la conversacion familiar más jovial y serena se intercale á cada instante una obscenidad ó una blasfemia como hacen en España, no ya sólo los hombres sin educacion, sino tambien los que pretenden haberla recibido muy buena y ser muy caballeros y muy decentes.

Perdamos de vista esta repugnante faz de las *muletillas* y fijémonos en otra que lo es infinitamente ménos, pues lo es sólo en el concepto de que da al lenguaje una monotonía insoportable.

Yo soy tan aficionado á la lectura de novelas buenas como enemigo de la lectura de novelas malas, de lo que resulta que como las malas son muchas y las buenas pocas, son tan pocas las que he leído en toda mi vida, que de seguro no llegan á un centenar. Tenía mucho deseo de leer las de una señora sueca llamada Federica Bremer, que me dijeron eran tan buenas como las de Fernan Caballero; pero como aún no se habian traducido á los pocos idiomas que yo entiendo, no podia satisfacer aquel deseo. Sabedor de que un periódico de Madrid (*La Esperanza*) habia empezado á traducirlas y publicarlas empezando por la mejor de ellas que se titula *Los Vecinos*, me apresuré á adquirir la traduccion de esta obra,

(que despues he leído perfectamente vertida en frances).

Aun no habia leído veinte páginas de *Los Vecinos*, cuando á pesar de la belleza y el interés de la obra original, tuve que arrojar al fuego la traduccion, porque el traductor habia llevado al original una *muletilla* propia verdaderamente insoportable. Esta *muletilla* era un eterno cencerro de «digásmolo así»—«como quien dice»—«como dijo el otro»—«como suele decirse»—«como si dijéramos»—«permítaseme la expresion» y otras salvedades por el estilo, tan repetidas y tan inútiles, que hubieran acabado con la paciencia de Job. Quejándome de esto á un amigo mio que conocia al traductor, me dijo: el traductor es un hombre muy estimable en todos conceptos, y sin embargo no puede soportar nadie su trato por efecto de esas y otras *muletillas* con que oscurece y hace insufrible su conversacion.

Yo tenía en una aldea un amigo muy querido, muy bueno y muy discreto, que abusaba escandalosamente de la *muletilla* «en fin.» Un dia hablábamos del vicio de las *muletillas* y empezamos á enumerar los *muletilleros* más sobresalientes de la aldea. Mi amigo, que no habia tomado parte en la enumeracion, la tomó al fin viendo que se nos quedaba rezagado uno de los más notables cuya *muletilla* era «tal y que sé yo.»

—Y en fin, nos dijo, ¿donde dejan ustedes á fulano? En fin, para *muletillas* no hay otro como él, porque la de «tal y que sé yo» y en fin otra



porcion de ellas, no se le caen de la boca. En fin, con decirles á ustedes que un dia nos convido á comer y en fin.....»

En fin, tanto abusaba el orador de su *muletilla* censurando la del vecino, que no pudimos resistir la tentacion de interrumpirle con una carcajada.

Temeroso yo de daros á vosotros ocasion para que hagais igual conmi-

go, á pesar de lo respetuosos y humildes que sois, y aprovechando la ocasion para aconsejaros que huyais de las *muletillas* para no dar en el curso de vuestra vida ocasion á que hagan igual con vosotros, os saludo con el amor que mereceis y os tengo, y me despido hasta la primera.

ANTONIO DE TRUEBA.

## FRAGMENTOS MORALES.

### LXXV.

Para elegir con prudencia,  
Niños, entre el bien y el mal,  
No olvideis que es la conciencia  
Un gran libro de moral.  
Pues dan vida sus lecciones  
No le dejéis de la mano,  
Y en las grandes ocasiones  
Nunca le abridéis en vano.

### LXXVI.

Ni es eterna la humana desventura,  
Ni la desgracia sin cesar oprime  
Á la mísera y débil criatura  
Que graves penas en la vida gime.  
Niños, miéntras que llegue la mudanza  
Que ha de torcer lo adverso del destino,  
Tened resignacion y confianza,  
Y alumbrará lo oscuro del camino  
La hermosa luz de fúlgida esperanza.

### LXXVII.

Si los errores se aclaran  
Y sus autores los sienten,  
Los débiles se arrepienten  
Y los fuertes los reparan.

### LXXVIII.

¿Qué es la sabiduría?  
Freno á la juventud desordenada,  
Del hombre eterno guía,  
Consuelo en la vejez de amor privada,  
De los pobres riqueza  
Y ornato del poder y la nobleza.  
Ella consuela al triste,  
Reparte el bien, y del mortal esclava  
Para hacerle feliz tan sólo existe,  
Y al hombre eleva y con el hombre acaba.

### LXXIX.

Quien corte el árbol que plantó su padre,  
Quien destruya la casa que él labró,  
Del paternal amor borraré osado  
El recuerdo en el duro corazon.  
La piedad filial, por el contrario,  
Vivo conserva el paternal amor,  
Del humano respeto se hace digna,  
Y á Dios se eleva, y la protege Dios.

### LXXX.

Huéspedes de las almas,  
Los malos pensamientos  
Hallando en ella abrigo,



Batallan con los buenos.  
 En lides entendidos,  
 Y en el luchar armeros,  
 Al cabo los derrotan  
 Y quedan como dueños.  
 Por eso, niños míos,  
 Que esteis os recomiendo  
 En guarda contra todos  
 Los malos pensamientos.

## LXXXI.

La felicidad se busca  
 Por mil medios;  
 Pero es imposible hallarla  
 Sin ser buenos.  
 Si ser felices no es dado,  
 por lo ménos  
 Sólo pende de nosotros  
 Merecerlo.

## LXXXII.

Siempre el hombre debe obrar  
 Cual si testigos tuviera

Que le pudieran mirar,  
 Y en la soledad pensar  
 Cual si el alma cristal fuera.

## LXXXIII.

Siempre depende la dicha  
 En nuestra humana flaqueza  
 Del corazón y del alma,  
 Del cuerpo y la inteligencia.  
 Del corazón, porque exige  
 Que la bondad le conmueva;  
 Del alma, por las virtudes  
 Que nos ensalzan y enseñan;  
 Del cuerpo, por la templanza,  
 Y, en fin, de la inteligencia,  
 Porque es la instrucción origen  
 De las venturas más ciertas,  
 Y de la vida las horas,  
 Hace que corran serenas.

M. OSSORIO Y BERNARD.

## RASGOS DE AMOR FILIAL.

Han existido hombres que han podido prescindir de las dulces obligaciones que la naturaleza impuso á nuestras almas, y á los agradables sentimientos que experimenta el corazón de un hijo al considerar cuánto debe á los autores de su existencia.

Aquel cariño innato en el corazón de un padre en favor de un hijo, cariño emanado del mismo Dios, ha faltado á veces en algunos hombres que desgraciadamente nos sirven de ejemplo en la crueldad y barbarie.

Hijos ingratos y padres desnaturalizados parecen repugnar á la naturaleza, que se complace en grabar

en nuestros pechos la simpatía que debemos sentir unos por otros; mas á pesar de esto, la historia nos presenta multiplicados retratos de padres que se han cebado en la sangre de sus hijos; de hijos que en el acceso de una pasión fogosa, en un arranque de ambición, no han dudado clavar un puñal en el pecho de sus padres..... Algunos han encontrado resistencia en sus víctimas, á otros ha desarmado la resignación. Así en aquel joven discípulo de Zenon; frecuentó por largo tiempo la escuela de este sabio, y cuando volvió á la casa paterna, preguntado por su padre respecto á las ciencias que habia



aprendido, le dió respuesta tan poco positiva que el padre le castigó severamente con un palo; pero el jóven, permaneciendo quieto y recibiendo los golpes, «*Esta, dijo, es una de las ciencias que he aprendido: sufrir con ánimo tranquilo la ira de mi padre.*»

Neron, el monstruo de la humanidad, el feroz Neron convida á su madre á una fiesta marítima; hace embarcar á Agripina, y á una señal suya se abre la embarcacion, y la infeliz es presa de las olas, víctima de la alevosía de su hijo; se salva no obstante, con penosos esfuerzos, pero el pérfido, el hijo inmoral, al ver frustrada su tentativa, se enfurece y envia contra su madre asesinos para que la maten á estocadas.

A más del amor natural, la gratitud debe unirnos á nuestros padres por los beneficios que profusamente nos dispensan.

¿A quién debemos la vida? Ese bien tan apreciable, que tanto anhelamos conservar, ¿no es dón suyo? La educacion por la cual brillamos en la sociedad, ¿quién nos la da? Del alimento y de los cuidados en la infancia, de los consejos en la juventud, ¿no somos deudores á nuestros padres? Nuestro agradecimiento por esto debe ser sincero, nuestro amor eterno. Si experimentamos algun rigor por su parte debemos sufrirlo con tranquila calma, pagarles con nuestra deferencia, buen comportamiento y afecto íntimo. Así á veces se consigue cambiar el carácter más impetuoso.

Manlio Torcuato, jóven romano

dotado de bellas prendas, era hijo de Lucio Manlio, que, abusando de la autoridad paternal, le hacía sentir un rigor que llegaba al extremo. El genio exigente y orgulloso de éste se vió contrareestado por los Tribunos del pueblo cuando fué nombrado dictador, atrayéndose la odiosidad de la plebe; porque extremadamente rigoroso en las levadas para el ejército, castigaba en sus bienes y personas á los que no acudían á su llamamiento. Esta dureza en él y su carácter feroz le dieron el sobrenombre de *imperioso*, que acabó de exasperar al pueblo romano.

Obligáronle, pues, á abdicar la dictadura, y Marco Pomponio, Tribuno popular, su más implacable enemigo, que sólo buscaba pretextos para abatir su orgullo, al año siguiente le citó en juicio como jefe de sus acusadores. Comparece en el Tribunal el ex-dictador; toma la palabra Pomponio y formula su acusacion en estos términos: «Magistrados, vengo á producir contra un romano una queja que pocas veces volverá á someterse á vuestro juicio. Manlio, apellidado el *Imperioso*, tiene un hijo que jamas ha dado ocasion para el duro tratamiento que experimenta en la casa paterna: ha sido arrojado á la vista de sus penates á la plaza pública con los esclavos, ocupados en obras serviles...

»Un jóven patricio, el hijo de un dictador, goza apenas la luz de los cielos y da convincente prueba de que ha nacido de un padre duro é implacable. Y esto ¿por qué? ¡Ma-



gistrados! porque el espíritu de ese jóven no es bastante perspicaz y manifiesta alguna cortedad en hablar. Si su padre sintiese un asomo de humanidad, hubiera castigado suavemente esa falta ocultándola á la humanidad en vez de demostrarla al mundo, lastimando su propia sangre por el modo cruel con que le trata. Las bestias feroces no niegan sus caricias á sus pequeñuelos aunque nazcan monstruos, y Lucio Manlio, por una educacion indigna, fortifica los vicios naturales de su hijo, y sofoca, teniéndole en el campo entre esclavos y animales, todo lo que pueda tener de espíritu y actividad.»

No hubo una persona que, conmovida con estas quejas, no le pareciesen justas y bien fundadas; solamente Manlio Torcuato, en favor del cual se habian producido, se irritó cuando llegó á entenderlas.

Indignado al ver que de él tomaban ocasion para perseguir al que le le dió la vida, y queriendo manifestar á los romanos que léjos de aprobar la conducta de los acusadores y secundarla preferia no verse aliviado en sus padecimientos, defendiendo á su padre y sus intereses tomó una resolucion, rígida en verdad y de funesto ejemplo para el Estado, pero que prueba á lo ménos la bondad de su corazon. Procúrase un puñal, y sin manifestar á persona alguna su resolucion, se encamina á la ciudad y se dirige á la casa de Marco Pomponio, que todavíadescansaba en su lecho.

Hácese anunciar manifestandò que

debe comunicarle sin retardo un negocio de consecuencia que no admite dilacion. Inspirado Pomponio en sus malos pensamientos contra Lucio Manlio, y creyendo que su hijo va á darle algun nuevo pretexto de acusacion ó advertirle de cómo debe fortificar y seguir la intentada, no duda en mandarle introducir y proporcionarle una conferencia á solas.

Mas el jóven Torcuato, apénas se ve enfrente de Pomponio, saca su puñal y aplicando la punta á la garganta de su adversario, «*No grites, dice, júrame en el momento abandonar la acusacion que has producido contra mi padre; júrame tambien, bajo la fórmula que te dictaré, que jamas reunirás al pueblo para acusarle de nuevo.*» El Tribuno, al ver su vida amenazada por un jóven de robustas fuerzas, armado con el hierro que brilla á sus ojos como instrumento de su muerte, cree inútil resistir y presta el juramento que se le exige, aunque declarando que se rinde á la fuerza.

El pueblo romano, bien que hubiera querido dar un voto contra un padre tan cruel y un acusado orgulloso, no llevó á mal que un hijo obrase con tal violencia para salvar á su padre; pareciéndole tanto más laudable, cuando la extremada dureza del uno no habia podido sofocar en el otro los sentimientos de la naturaleza. De este modo una accion tan atrevida libró al padre del peligro á que estaba expuesto, y valió al hijo elogios y recompensas y ser nombrado jefe de una legion.

J. M. BALLESTEROS.



## DAVID.

Hijo de Jessé ó Isai, de la tribu de Judá, nacido en Bethlehen el año 2919 de la creacion; era un simple pastor cuando fué consagrado como



rey de Israel en sustitucion de Saul, por el profeta Samuel. Combatió á los Filisteos y mató al gigante Goliath, derrotó á los Moabitas, á los Sirios y á los Ammonitas, trasladó el arca á Jerusalem, hizo los planos del templo que erigió su hijo Salo-

mon; se hizo célebre por su penitencia, despues de haber ofendido á Dios, y murió el 2990.

Es autor de un gran número de Salmos, muchos de ellos proféticos, por lo cual se le llamó el *Salmista*, el *Rey profeta* y el *Profeta real*.



## SOLON.

Uno de los siete sabios de Grecia, natural de Atenas, donde nació 639 años ántes de Jesucristo. Después de haber consagrado su juventud á la



instrucción y á los viajes, regresó á su patria encontrándola destrozada por la guerra civil, á causa de pretender unos el gobierno popular y el oligárquico otros. En aquella profunda conmoción, Atenas fundó su esperanza en el filósofo, y le nombró *arconte* y supremo legislador. Los

atenienses habían querido elevarle á la monarquía; pero él se negó siempre á ello.

En el ejercicio de su nueva dignidad, su primer cuidado fué proteger á los pobres, que eran los que fomentaban principalmente las discordias, aboliendo desde luego el castigo de



palos por deudas, perdonando despues parte de éstas por una ley especial. Derogó todas las leyes de Dracon, excepto las que se referian á los asesinos, y haciendo despues una nueva division social, incluyó en las tres primeras tribus á todos los ciudadanos acomodados, únicos á quienes correspondian las dignidades y cargos públicos, y en la cuarta á los pobres que tenian voz y voto en las asambleas populares lo mismo que los ricos. Aumentó la autoridad y privilegios del Areópago, haciendo que averiguase los medios empleados por los ciudadanos para ganarse la vida; modificó tambien el Senado, fijando en 400 el número de los jueces, y disponiendo que todos los asuntos que hubieran de ser juzgados por la asamblea del pueblo lo fuesen ántes por aquel tribunal. Más tarde publicó Solon las leyes, que la posteridad considera como el monumento más grande de Atenas.

Comprometidos los atenienses á la observancia de sus leyes por espacio de un siglo, Solon obtuvo licencia para ausentarse durante diez años, dando por pretexto su deseo de consagrarse al comercio marítimo, pero en realidad para sustraerse á las importunidades de los griegos que reclamaban interpretase en su favor determinadas disposiciones.

Vuelto Solon á su patria, la encontró de nuevo víctima de la discordia; Pisistrato se habia apoderado del poder supremo, y su tiranía pesaba sobre el pueblo de Atenas. El filósofo afeó la perfidia del tirano y al pueblo su debilidad, y fué á morir fuera de su país, á los 80 años de edad, 559 ántes de Jesucristo.

*Dejemos á los otros la riqueza y contentémonos con la virtud:* Hé aquí la hermosa teoría que siguió siempre y que nunca repetirá bastante la humanidad.





## EL ANOCHECER EN PRIMAVERA.

Ya tienden su oscuro manto  
 Sobre la tierra las sombras,  
 Y huye el sol tras las colinas  
 A más apartadas zonas;  
 La tibia luz del crepúsculo  
 Apenas los campos dora,  
 Y á su resplandor escaso,  
 Que los cielos tornasola,  
 Ráfagas de fuego y grana  
 El horizonte coloran.  
 Ya las auras vespertinas,  
 Que dormían perezosas  
 Del jardín entre las flores,  
 Del árbol entre las hojas,  
 En el césped de los valles  
 Y del arroyo en las ondas,  
 Rápidas alzan su vuelo,  
 Cual bandada de palomas,  
 Y por la ardiente campiña  
 Vienen y van revoltosas,  
 Llevando frescos perfumes  
 Entre sus alas sonoras.  
 Magnífica está la tarde,  
 Apacible está la sombra,  
 Ni aún el vapor más liviano  
 Empaña la pura atmósfera:  
 Irguen sus tallos los lirios,  
 Abren su cáliz las rosas,  
 El girasol veleidoso  
 Al Occidente se torna,  
 Y la nevada azucena,  
 Desplegando su corola,  
 Aire y espacio embalsama  
 Con sus fragantes aromas.  
 Todo calla, todo yace  
 En soledad silenciosa;  
 Calla el colorin pintado,

Calla la tímida tórtola,  
 Calla el pajarillo oculto  
 En la enramada frondosa,  
 Calla el ruiseñor amante  
 Y callan las aves todas,  
 Que están durmiendo en sus nidos  
 Y aguardan la nueva aurora.  
 Hasta el fugaz arroyuelo,  
 Cuyas cristalinas olas  
 Serpean de la pradera  
 Por la pintoresca alfombra,  
 Diríase que suspende  
 Su corriente bullidora,  
 Y que más lento camina  
 Porque ménos se le oiga.  
 Sólo el silencio interrumpen  
 Las ovejas baladoras;  
 El canto del pastorcillo  
 Que las guía por la loma,  
 Del fiel mastin ayudado,  
 Hácia las vecinas chozas;  
 O la rana vocinglera  
 Que á la laguna se asoma,  
 O ya el áspero chirrido  
 De la cigarra monótona.  
 Allá, á lo léjos, las casas  
 Vense de la aldea próxima  
 Con sus pajizos tejados,  
 Cuyas chimeneas brotan  
 Densas espirales de humo  
 Que en los aires se remontan.  
 Acaso el sendero cruza  
 Algun labrador, que torna  
 De hundir en penosos surcos  
 La madre tierra que abona,  
 Y alegre y feliz á un tiempo,  
 Jinete en su mula torda,



Al són de un aire sencillo  
 Tiernos cantares entona,  
 Y acaso alguna aldeana,  
 Que el campesino enamora,  
 Le aguarda ya en el sendero  
 Cuanto inquieta cariñosa.  
 Mas ya desaparece el dia,  
 Ya la luz muere en la sombra;  
 Las campanas de la torre  
 Lanzan sus vibrantes notas,  
 Anunciando á los cristianos  
 Que es de la oracion la hora;  
 De algun torreón morisco

Sobre las almenas gólicas  
 Canta el agorero buho  
 Con su voz triste y medrosa;  
 Tal cual estrella aparece  
 Del cielo azul en la bóveda,  
 Y el solitario murciélago  
 Deja su morada ignota,  
 Hasta que al fin de la noche  
 Las tinieblas misteriosas  
 Del vacilante crepúsculo  
 La luz moribunda ahogan.

MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

FIN DEL TOMO XI.







DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE UNDÉCIMO TOMO.

	<u>Pá-ginas.</u>		<u>Pá-ginas.</u>
A los lectores. . . . .	1	por M. N. O. 52, 77, 93, 110, 126, 142, 158. . . . .	166
La Fuente milagrosa, por García del Real. . . . .	2	El perro Zaide. . . . .	56
Escenas infantiles. 5, 40, 64, 73, 88, 89, 104, 105, 120, 121, 149, 157, 165, 176, 184, 197, 200. . . . .	233	La Mascarita. . . . .	57
El Viento, por Lebrun. . . . .	5	Un Niño poeta. . . . .	58
La Amapola, por Planell. . . . .	6	A la Virgen del Cármén, por Ansaldo y Otalora. . . . .	58
Alfonso XII. . . . .	7	La Cerveza, por Lebrun. . . . .	59
Higiene de los niños, por Diaz Benito, 10. . . . .	26	Arte de ayudar á la memoria, por Pascual. 61, 106, 161, 221. . . . .	266
Mariquita y los gorriones, por Soles de Barrameda. 13, 20. . . . .	36	Teatro de Los Niños. 64, 208. . . . .	
Conferencias infantiles, por Trueba. 17, 33, 49, 81, 113, 129, 145. . . . .	273	La Mano de Dios, por García del Real. . . . .	65
El Lobo. . . . .	23	Dinero, por Gonzalez de Tejada. . . . .	69
Un Drama desconocido. 25. . . . .	32	El Vidrio, por Lebrun. . . . .	70
Tipos del pueblo español. 28. . . . .	224	Los Recuerdos, por Perez de Guzman. . . . .	71
La Venganza, por Corchado. . . . .	29	El Gallo, por Bosset. . . . .	72
Resultados del trabajo, por Lebrun. . . . .	30	El Santo Viático, por García Nadasles. . . . .	74
Los Puentes, por Lebrun. . . . .	38	Fragmentos morales, por Ossorio y Bernard. 75, 148. . . . .	276
El perro Leal. . . . .	41	Víctimas de la guerra. . . . .	80
La voz de una madre, por Clavijo. . . . .	42	La Patrona de España, por Gonzalez de Tejada. . . . .	83
Oraciones, por Sanchez de Fuentes. . . . .	44	Islas madreporicas, por V. S. . . . .	85
El Péndulo, por X. . . . .	45	Las dos rosas, por Castilla. . . . .	87
El Cuarto oscuro, por Guerrero. . . . .	46	Niños célebres, por Campo y Navas. 90, 101, 122, 138. . . . .	173
La razon y el instinto en los animales,			



	Página.		Páginas.
La indolencia corregida, por Ballesteros. . . . .	97	Crónica de Abd-el-Rhaman, por Ossorio y Bernard. . . . .	204
Ecos de amor, por Biedma (D. <sup>a</sup> P.). . . . .	99	Escenas de la aldea. . . . .	213
La Panacea, por Guerrero. . . . .	106	Las Cuatro estaciones, por Busto. . . . .	214
El Arroz, por Lebrun. . . . .	116	Pobres niños, por Alvarez (M. de los S.). . . . .	217
El Gigante de la Frente de Oro, por R. del Castillo. 118, 133, 149, 174, 183. . . . .	202	Higiene de los niños, por Diaz Benito. . . . .	218
A Nuestra Señora de los Dolores, por Sanmartin y Aguirre. . . . .	125	La Niña inocente, por Pascual. 230 y . . . . .	259
Las Espigadoras. . . . .	128	La Noche de verano, por Ballesteros. . . . .	234
Soledad de la Virgen, por Perca. . . . .	131	Salve, por Falcon. . . . .	236
Los Niños pobres, por Sepúlveda. . . . .	135	La Mañana, por Thuillier. . . . .	237
Salvador Rosa. . . . .	137	La Caridad en la guerra, por Frontaura. . . . .	239
Los Sombreros, por Lebrun. . . . .	141	Dichos y sentencias de españoles ilustres, por Perez de Guzman, 241. . . . .	257
Un Tipo de Murillo. . . . .	152	Los Canales, por Lebrun. . . . .	243
Un Niño sordo-mudo y ciego, por Urgellés de Tovar. . . . .	153	Juanito, por Garcia del Real. . . . .	245
En la gloria, por Corchado. . . . .	167	Galileo-Galilei. . . . .	247
Víctimas de la guerra. . . . .	168	Moisés. . . . .	249
El Burro y su Semejante, por Trueba. . . . .	169	Cuento, por Frontaura. . . . .	251
Los dos hermanos, por Ballesteros. . . . .	170	Las Avalanchas, por Lebrun. . . . .	254
La Mariposa blanca, por Felicia. . . . .	176	Un buen colegio. . . . .	256
Las Constelaciones, por Lebrun. . . . .	179	El Maíz, por Lebrun. . . . .	261
Un enfermo á un vaso de agua, por Hartzenbusch. . . . .	182	La Perla de Cuba, por Guerrero. . . . .	262
Dios, por Alarcon. . . . .	185	Flavio Valerio Constantino. . . . .	263
La vuelta de las golondrinas, por Thuillier. . . . .	186	Carlo Magno. . . . .	265
El Padre enfermo, por Frontaura. . . . .	189	Anécdota. . . . .	271
Escenas infantiles, por Diaz Benito. 190. . . . .	229	Rasgos de amor filial, por J. M. Ballesteros. . . . .	277
Las Hormigas, por Auber. 193 209. . . . .	225	David. . . . .	280
Los dos pajaritos, por Thuillier. . . . .	197	Solon. . . . .	281
Himno á la Virgen, por Pascual. . . . .	201	El anochecer en primavera. . . . .	282
		Índice. . . . .	285
		Advertencia. . . . .	287

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO XI.







## TOMO XII DE LOS NIÑOS.

SEGUNDO SEMESTRE DE 1875.

Terminado con este número el tomo XI de Los Niños, en el siguiente comenzará el tomo XII, el cual no vacilamos en asegurar que será uno de los más amenos y entretenidos de la colección. En él publicaremos un precioso trabajo de D. Antonio de Trueba, tan amado de los niños, á quienes tan bellos trabajos ha dedicado; una nueva serie de *Retratos infantiles*, escritos por el Director de esta publicación, y otros originales tan útiles como agradables que nos darán los más distinguidos escritores.

Preparamos también una escogida colección de viñetas, y continuaremos haciendo de cuando en cuando á nuestros suscritores regalos de decoraciones y figuritas para el TEATRO DE LOS NIÑOS.

Suplicamos á todos nuestros favorecedores continúen prestando su protección á esta Revista, única en su género en España, y la recomienden á todos sus amigos. Nuestra constancia y la sana intención con que dedicamos nuestro incesante trabajo á la instrucción y recreo de los niños, creemos que merecen ese favor, que vivamente agradeceremos.

*Madrid, 30 de Junio de 1875.*

Suplicamos á nuestros suscritores cuyo abono de semestre ó trimestre termina en este número, lo renueven lo más pronto posible: esto conviene para el buen orden administrativo de la publicación.







MADRID, 1875.

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMPAÑIA (SUCESORES DE RIVADENEYRA),  
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,  
calle del Duque de Osuna, núm. 3.